

Orden mundial y nuevo diagrama europeo

Schulze, Peter W.

Peter W. Schulze: Politólogo alemán. Ha sido catedrático de la Universidad Libre de Berlín e investigador en la Universidad de Stanford, California. Autor, entre otros libros, de *Clases sociales en la Unión Soviética en los años 30* y *Reaganismo: ¿la renuncia del consenso?*

A partir del momento en que Occidente comenzó a darse cuenta y a aceptar lo irreversible de las reformas políticas y económicas de Gorbachov, las dos principales tendencias, la del mercado único europeo en 1992 y el proyecto de las reformas soviéticas, crearon el efecto sinérgico necesario que finalmente terminó con la división de Europa

Los años 1989 y 1990 fueron años de dismantelamiento tanto como de resurgimiento de Europa en tanto sujeto histórico. Uno podría argumentar que el tinglado para estos cambios fundamentales fue preparado con la firma del acta europea, la cual trazaba la visión de un Mercado Unico Europeo para el año 1992. La Comunidad Europea inició el camino de la unificación económica y monetaria (UEM) y además planteó en la agenda el proyecto de unificación política, lo cual tocará objetivos de seguridad y política exterior, creando un sentimiento de dinamismo y creatividad que no pasó desapercibido en el Este.

Un nuevo comienzo

La cadena de hechos desatada por el proceso revolucionario en la Europa del Este creó en 1989 un nuevo «mapa de relieve» (Brandt) del viejo continente, dando lugar a la esperanza de que la era de la división y de las alianzas militares que aplastaron la diversidad cultural del continente hubiera terminado para siempre. La increíble velocidad como que avanzaban los eventos revolucionarios en la mitad oriental del continente indicaba cuan anacrónico y alejado de la vida real había sido su sistema de gobierno.

Bastante irónicamente, el catalizador o el factor subjetivo de cambio fueron los movimientos sociales, los cuales se liberaron a través de la Europa del Este después

que Gorbachov asumió el poder en 1985 lanzando su propio proyecto de cambio de sistema, la glasnost y la perestroika. Los movimientos sociales asestaron el golpe fatal al sistema bipolar y lo quebraron en su eslabón más débil, la Europa del Este. Aunque parezca paradójico, Gorbachov al traer las llaves para abrir la puerta de la división de Europa, canceló la guerra fría y pavimentó el camino para la transformación de la Europa oriental al tiempo que luchaba por mantener vivos el ritmo y los objetivos de la reforma en su país.

El derrocamiento de los viejos regímenes fue el primer paso para reconectar la Europa del Este con el discurso europeo occidental acerca del futuro político, económico y social de Europa. Pero de igual importancia, y probablemente más dolorosas en términos sociales, son las consiguientes tareas posrevolucionarias de introducir mecanismos de mercado y la construcción desde los escombros de instituciones políticas y sociales.

Además, estas sociedades tienen que superar el legado de los viejos regímenes: inmovilismo social, una cultura de la dependencia y la carencia de grupos profesionales con suficientes conocimientos y experiencia internacional para guiar y transitar las etapas de la transformación. Bien podría ser que estas tareas condujeran hacia experiencias catastróficas, las cuales podrían amenazar con destruir la cohesión política y social de sus países y conducir a la agitación social y a una creciente alienación de la vida política. Aun más, esto podría alimentar sentimientos de regresión hacia soluciones autoritarias y causar variada gama de conflictos a través del continente. No obstante, las nuevas sociedades democráticas de la Europa del Este no tienen otra alternativa que continuar por el camino del cambio de sistema y lo que es más preocupante aun, están condenadas a tener éxito.

Aunque la defunción de los sistemas represivos y anacrónicos del «socialismo real» pareciera definitiva, el Occidente todavía no se pone a la altura de los retos que emanan de la nueva situación, aunque también aquellos eventos ya han afectado y continuarán influyendo en las sociedades occidentales, demoliendo creencias, devastando ideologías devaluando viejas percepciones de amenazas y creando exigencias de asistencia económica tecnológica, social y política, lo cual, en algunos casos, podría recargar los sistemas occidentales.

Cambios en el ámbito internacional

Políticamente hablando, recién hemos ingresado a la era pos-Yalta, pos-guerra fría. Al hacerlo, hemos iniciado el cierre de la brecha entre un orden económico mun-

dial pos-Yalta ya existente y que se venía desarrollando desde mediados de la década del 70. En este sentido, uno podría recordar la década del 70 como el mar de fondo en el cual la guerra fría dejó de prevalecer y EEUU perdió su capacidad para dominar el comercio internacional y el flujo de capitales.

Destaca dentro de las muchas razones de la declinación de la influencia de las superpotencias, el fracaso para resolver la emergente y acumulativa asimetría entre sus necesidades económicas internas y sus políticas globales de seguridad. El sistema económico mundial, crecientemente interdependiente e internacionalizado, contradujo el ámbito de la política, con sus estructuras secretas de seguridad, donde los problemas de seguridad, políticos e ideológicos eran todavía determinados por actores nacionales (el mundo bipolar de ambas superpotencias) y una estructura económica tecnológica internacionalizada que requiere de menos acuerdos jerárquicos y sí, definitivamente, de más acuerdos multilaterales. Y sobre todo, de acceso abierto a la información.

Pero las implicancias de los cambios estructurales en la económica global no golpearon las instituciones políticas, ideológicas y de seguridad de la guerra fría sino hasta mediados de la década del 80. Sólo bajo el impacto de las reformas políticas de la Europa oriental y de la integración de la Europa occidental es que empiezan a derrumbarse las instituciones y doctrinas fundamentales del orden de seguridad de la guerra fría de diseño preponderantemente militar. Hasta mediados de los 70 la ecuación global de poder descansaba sobre la congruencia del dominio económico y militar que encontró su más alta expresión ideológica en la «pax americana». La base de la hegemonía norteamericana en el sistema global se entronizaba, después de 1945, en el liderazgo del país en productividad y tecnología.

Pero a partir de los años 70, EEUU perdió competitividad en sectores cruciales. La penetración de los mercados nacionales por parte de competidores extranjeros, los grandes déficit comerciales y el efecto acumulativo de la deuda pública eran indicios de una economía debilitada. La asimetría entre las metas de la política exterior y los intereses económicos norteamericanos aumentó, ayudando a los competidores extranjeros, especialmente a Japón y la CE a mejorar su posición económica en la economía mundial.

Al tiempo que hubo inicialmente una esperanza en que el gobierno de Bush se aplicaría al problema, su política durante y después de la guerra del Golfo parece una reposición de la «pax americana» a la Nixon-Kissinger sólo que vistiendo la ropa de marca a la moda del «nuevo orden mundial», es decir, en la cúspide EEUU

guiando al mundo en cuestiones políticas y tecnológicas. En el siguiente nivel, con algunos grados de independencia regional, las renacidas potencias mediadas, Japón y la CE-Alemania, las cuales suministran la base económica financiera del liderazgo norteamericano.

En comparación, la URSS estuvo encerrada durante toda la guerra fría en una situación económicamente vulnerable. Hubo permanentemente tensiones entre sus intereses políticos globales y sus objetivos de seguridad nacional por un lado y la necesidad de brindar bienes económicos y sociales a su pueblo. Pero no fue sino hasta la última parte del período de Brezhnev que el problema alcanzó dimensiones graves. Hay suficiente evidencia apuntando hacia el hecho que la URSS perdió el control económico sobre los países del COMECON durante la década del 70. Con la crisis polaca en pleno desarrollo la región se convirtió en una carga económica para la URSS, agravando así sus enormes problemas internos.

Obsesionadas por los problemas de la seguridad y embarcadas en una carrera armamentista global, ambas superpotencias permitieron que sus aliados, entre las viejas potencias medianas de Europa y Asia, recuperaran terreno económico. Los aliados europeos y asiáticos de EEUU comprometieron la necesaria adhesión política y de seguridad y aceptaron la protección del liderazgo del bloque por parte de EEUU. Estos, agradecidos, hacían la vista gorda ante el creciente poderío económico y político de aquellas. En realidad, las economías de las antiguas potencias medianas se desarrollaron mejor cuando estas cedieron en condiciones de «soberanía limitada» respecto a su seguridad. Desde comienzos de los 80 se hizo obvio que ambos líderes de bloques habían sufrido de síndromes similares: designios políticos globales y exceso de compromisos militares habían succionado de riqueza económica y atención política divorciada de los problemas nacionales. En ambas sociedades aparecieron síntomas de decadencia social y declinación política.

Una nueva definición de seguridad europea

La rápida transformación política de Europa oriental y la unificación alemana han planteado abiertas y fundamentales interrogantes acerca del futuro de la seguridad y la paz de Europa como un todo. Actualmente toda Europa está comprometida por vez primera desde 1945 en un debate verdaderamente europeo acerca de su propio futuro. Las superpotencias están invitadas a participar pero no están en condiciones de actuar como líderes hegemónicos de bloque o de dirigir el resultado del diálogo inter o paneuropeo.

El colapso de la República Democrática Alemana (RDA) despojó a la frontera interna alemana de su función divisora entre dos sistemas sociales antagónicos. La súbita caída de la RDA no sólo mudó la frontera hacia el Este, sino que todo el centro de gravedad política de Europa se ha trasladado hacia el Este. Al mismo tiempo expuso a la luz pública a dos gigantescas maquinarias militares, la OTAN y el Pacto de Varsovia ambas privadas de su razón de ser, es decir, la de contrarrestar las amenazas externas. La época de la disuasión, de la destrucción mutua asegurada había llegado a un estrepitoso fin. Las élites políticas europeas súbitamente se dieron cuenta de que el vacío creado por el retiro de las potencias hegemónicas no debería ser llenado una vez más desde afuera. No obstante, sin una contraparte en la mitad Este del continente, las instituciones occidentales corren el peligro de ser abrumadas por los problemas que enfrentan.

Primeramente, tienen que continuar y sostener el ímpetu de la unión política, económica y social de la CE. Segundo, tienen que desarrollar los vínculos económicos, políticos y de seguridad entre la Europa oriental y occidental. Tercero, se encuentran involucradas en un acto de equilibrio muy delicado y complejo, es decir, asignar nuevas funciones y objetivos a las instituciones occidentales sobrepasadas por los eventos de 1989. Cuarto, en medio de las presiones desde la Europa oriental en constante cambio y desde su interior, tienen que mantener un curso flexible y coherente entre las dos escuelas opuestas de pensamiento, la una que desea ampliar la comunidad y la otra que plantea la prioridad de primero profundizar antes que ampliar.

Estos debates internos de la CE están por supuesto interconectados con el diálogo paneuropeo que busca normas adecuadas, marcos y ámbitos institucionales para un nuevo orden de paz y seguridad para Europa. En este sentido, los Estados europeos todavía tienen que organizar sus necesidades de seguridad, sin perjuicio de que, en general, se suponga que las amenazas que tendrían que enfrentar diferirían enormemente de aquellas de la guerra fría.

En realidad, las potenciales nuevas amenazas surgirán de la transformación de la Europa oriental y de la URSS, lo cual causará desequilibrios económicos y sociales. El peligro potencial se radica en que la URSS se desmembre o que conflictos étnicos y religiosos en otras partes de Europa oriental conduzcan a la liquidación de los Estados multirraciales y étnicos y consecuentemente desarraiguen a millones de personas que sencillamente se trasladarían hacia Occidente, hacia la tierra prometida de la democracia y la estabilidad social.

En este contexto, los sangrientos episodios que siguieron a la declaración de independencia de la estructura federal de Yugoslavia, de las dos repúblicas separatistas, Croacia y Eslovenia ilustra este peligro, si no se encuentran y aplican mecanismos e instituciones para la solución de estos conflictos. Balcanización y desintegración, guerra civil y revolución podrían quedar confinados por un lado. Pero, existe el peligro real de que el discurso hegeliano de «reconciliar la unidad y la virtud con la paz y la libertad modernas» termine mas bien con una Europa occidental convertida en «Europa oriental», «tercermundizada» o sencillamente retrotraída hacia su propio pasado heroico y bárbaro con todo: nuevas religiones, nuevos zares, nuevos profetas y nuevos césares.

Ya no existe una cortina de hierro para impedir que oleadas de trabajadores migrantes y refugiados desarraigados entren en las sociedades occidentales. Aun aplicando medidas poco menos que represivas, no sería suficiente para impedir que los emigrantes cruzasen las fronteras. Su ingreso en las sociedades occidentales significaría un golpe mortal a la cohesión del tejido social y político. Con certeza, si uno comienza a evaluar el grado de xenofobia, racismo y el potencial de las tendencias autoritarias y fascistas en las regiones occidentales que lindan con el Este, los sistemas políticos sencillamente se derrumbarían bajo la presión polarizante de aquellos grupos. Sin perjuicio de sus limitaciones, la rápida reacción de la CE y la CSCE en el caso de la crisis yugoslava es un buen indicador de cuán alarmadas estaban ambas instituciones a causa del curso de los acontecimientos.

No obstante, la búsqueda de los materiales para la construcción del nuevo orden de seguridad europea, significa mucho más que rediseño o la ampliación de las viejas instituciones. Las instituciones del Este ya no existen y lo más importante es que las occidentales, tomadas una por una como la OTAN, la Comunidad Europea y aun la CSCE, no ofrecen una base programática e institucional adecuadas para manejar efectivamente los peligros que se avecinan. Su capacidad para manejar los fenómenos críticos que emanen del proceso de transformación de Europa del Este aumentaría considerablemente si estas instituciones encontraran una plataforma común para el desarrollo de políticas.

A un año después de la caída del Muro de Berlín, que aparentemente se convirtió en un símbolo del fin de la era de la guerra fría, uno podría señalar una extraña paradoja: el conflicto Este-Oeste sencillamente no terminó sino mas bien que se transformó y continúa viviendo dentro de una nueva configuración. Al ser éste desprovisto de la dimensión militar de enfrentamiento final, ha surgido a la luz una nueva división de Europa. Los contornos de la división regional, económica, social y

cultural entre el Este y el Oeste aparecen como si siempre hubiesen estado allí pero a la sombra de los aspectos ideológicos y militares. Junto con el desmantelamiento de la cortina de hierro, una nueva división de Europa se hizo visible, pero más hacia el Este, separando a una rica y próspera CE de un Oriente empobrecido. De alguna manera la nueva división se parece a la frontera entre EEUU y México. Para impedir que la frontera Oder-Neisse se convierta en el Río Grande europeo o en la frontera de la pobreza europea que serpentea a través de la Europa oriental desde el Báltico al Mediterráneo, la CE debe tratar el problema de la seguridad económica y política en la Europa toda. En ese sentido a la política de seguridad europea se le atribuirá un nuevo significado definido en términos políticos, económicos y sociales.

Si la división de Europa en términos económicos y sociales, continúa viva por debajo de las nuevas estructuras, entonces deberá plantearla pregunta de si una de las más importantes lecciones de la guerra fría quedará también intacta, es decir, que la paz y la seguridad de Europa occidental están «íntimamente unidas a la seguridad de la Unión Soviética y Europa del Este». Hoy en día, este principio pareciera estar ampliamente reconocido en los círculos occidentales.

El rechazo de la OTAN permitir que los Estados anteriormente miembros del Pacto de Varsovia ingresaran a la alianza, precisamente en vista de los reconocidos reclamos de seguridad soviética, implicaría que la Europa oriental deberá vivir en una suerte de vacío de seguridad durante algún tiempo. Tendrán que alcanzar la estabilidad en su región mediante sus propios medios. Por lo tanto, algunos países están explorando iniciativas para firmar acuerdos bilaterales, o como Checoslovaquia, que promueve la idea de un Orden de Paz y Seguridad Centro Europea. A la luz de la crisis yugoslava, queda pendiente la cuestión de si estos países serán capaces de asegurar la paz en su región si no son capaces de ponerse al día con sus propios problemas nacionales, tales como las luchas étnicas y sociales. A raíz de las nuevas incertidumbres creadas por los acontecimientos internos soviéticos, el peligro es aun real en el sentido de que la dirección política podría quedar bajo la presión del Ejército Rojo si es que se altera el orden público y los movimientos étnicos y separatistas se tornan incontrolables.

No obstante, el fantasma de la desintegración nacional no es una exclusividad de la URSS. Situaciones igualmente lúgubres podrían desarrollarse en la Europa del Este tal como lo demuestra la crisis yugoslava. El futuro y verdadero reto para Europa emana del dinamismo de la revolución misma en la Europa del Este. Después de décadas de represión política y de negación de la identidad cultural y étnica, existe

el grave peligro que las naciones recién liberadas sigan el oropel del nacionalismo, el Estado nación y la soberanía nacional. El abrir la caja de Pandora del nacionalismo fundamentalista - mantenida cerrada desde 1945 - podrían encender los latentes conflictos religiosos, sociales y étnicos y destruir así los frutos de la revolución de 1989. Si el nacionalismo se convierte en un movimiento fundamentalista de masas, podría producirse la desestabilización y la balcanización de la región. Conflictos étnicos y religiosos, sangrientos y fanáticamente combativos, masacres y luchas territoriales constantes podrían extenderse y arrastrar a la Europa Occidental a entrar en acción. Con todo lo aterrador que serían estos acontecimientos, existe el peligro que el desmembramiento del imperio soviético pudiera permitir a terroristas y separatistas tener acceso a armamento químico, biológico y hasta nuclear.

Si las nuevas democracias fracasan en producir los mejoramientos sociales y materiales - por los que el pueblo luchó en primer lugar - y las sociedades del Este europeo se hunden cada vez más en la miseria económica y social en tanto que el costo de la restructuración de sus economías se eleva y las condiciones de vida empeoran sin esperanzas de un futuro mejor, la desesperación impulsaría a cientos de miles de refugiados a desplazarse hacia la Europa occidental. Una muestra de semejante desastre la tuvieron los habitantes de Berlín occidental cuando cientos de miles de polacos cruzaban la nueva frontera todas las semanas durante el verano de 1990 para usar la ciudad como mercado para la adquisición de artículos de consumo.

Una vez más el posible colapso de las nuevas democracias bajo la presión de las demandas económico sociales, sólo aceleraría los procesos hacia una mejor radicalización y polarización política. Como resultado, podría plantearse una situación potencialmente explosiva y empujar a la Europa del Este otra vez hacia los tentáculos de las dictaduras populistas o autoritarias. A un año del proceso de transformación, es demasiado temprano para evaluaciones finales sobre los programas combinados de reformas políticas y económicas, pero la evidencia basada en los recientes acontecimientos de Polonia, Hungría, Checoslovaquia y Alemania oriental, sugieren que sus sociedades están plagadas de enormes y similares fallas sociales, como ser, industrias deterioradas y no competitivas, costos gigantescos para la limpieza ambiental, pérdida de mercados y ausencia de infraestructura lo cual hace que las condiciones de libre mercado sean peligrosas: elevado desempleo, jornada laboral reducida, pérdida del 50 por ciento en los ingresos, reducción del PNB y altas tasas inflacionarias serían las consecuencias. En este sentido el problema de la estabilidad política y de la seguridad europea tiene que ampliarse para incluir la dimensión económica y social.

La identidad de la defensa europea

Las fuerzas desatadas por la integración económica, social y monetaria de Europa occidental ya han acumulado tal masa de instituciones, tratados y vínculos institucionales y no gubernamentales, cooperación económica, legislación social y cooperación en investigación y desarrollo, que el próximo y lógico paso para comprometerse en una más activa cooperación política y de seguridad hace tiempo que debió darse. En relación a esto, el conflicto del Golfo y el de Yugoslavia han actuado como catalizadores para plantear el emergente y el oculto potencial para la integración política y de seguridad.

A la luz de la crisis yugoslava dos factores indican que el futuro orden de paz y seguridad europea será decidido dentro del marco de la CE o al menos será influenciado fuertemente por iniciativas de la Comunidad. Primero, y a pesar del hecho de que los actuales problemas económico sociales como resultado de la unificación tienden a absorber todas las energías políticas del país, la posición económica y geopolítica de la Alemania unificada en Europa central ejercerá presión sobre los países vecinos para acelerar el proceso de unidad política europea. Esto, porque la OTAN erosionada y la CSCE relativamente impotente no pueden asegurar a Alemania en la órbita occidental, aunque pareciera innecesario. Sólo la CE podría cumplir con semejante tarea. Segundo, Alemania rápidamente se está aproximando al debate sobre su futuro rol exterior y en la seguridad de Europa, rol distinto al cual posibilitó al camino hacia su integración económica y en la defensa de la comunidad occidental de naciones durante los años 50. Vista desde afuera, sus vecinos ya describen esta tendencia como el regreso de Alemania a un estado «normal». Sin embargo, es demasiado prematuro para señalar si la noción externa de normalidad corresponde al resultado del debate interno alemán. A pesar de que el debate planteará cuestiones fundamentales, la integración de Alemania en las esferas económicas, políticas y culturales del occidente europeo no estará cuestionada ni puesta en peligro por parte de las fuerzas políticas mayoritarias del país, incluidos los movimientos pacifistas y ecológicos. No obstante, está de moda entre algunas fuerzas derechistas dentro y fuera del país plantear esquemas de «angst» y de proyectar el inconcebible fantasma alemán del «Sonderweg» sugiriendo una eventual recaída del país en su rol histórico como «puente» entre el Este y el Oeste. Semejantes insinuaciones reflejan una rara ambigüedad de pensamiento, entre estático y dinámico, entre los propulsores de un papel más activo y preponderante para Alemania en los problemas de la seguridad y política exterior. Aunque reconozcan los cambios en las relaciones Este-Oeste y no tengan problemas para aceptar el reemplazo de la amenaza soviética por una nueva situación de peligro sugi-

riendo «crecientes incertidumbres» en las relaciones internacionales. Sus conceptos permanecen hondamente enraizados en la obsesiva pretensión de preservar el actual statu quo de las doctrinas de la seguridad de las alianzas e instituciones de la guerra fría. Sólo aceptan una pequeña necesidad de cambio en la OTAN. Como si sólo esta necesitara ser ampliada (para incluir a algunos de los países de la CMEA) y provista de poderes e instrumentos adicionales para enfrentar potenciales y futuros conflictos de baja intensidad.

Pero con mayor claridad se dan cuenta, al igual que otros grupos políticos, que el aporte de la recientemente unificada Alemania a la política exterior y de seguridad será primordial para la conservación del statu quo o para su reemplazo por una nueva arquitectura de seguridad paneuropea. Sin embargo, su esperanza que Alemania se conforme con el papel de un participante novato, simplemente apoyando la política internacional de EEUU pareciera contraria a las tendencias de seguridad colectiva y regional de Europa.

De este modo, tanto la derecha como la izquierda, durante la guerra del Golfo cubrieron de desdén la posición política alemana. Aborreciendo sus supuestas actitudes pacifistas, plañideras y provincianas, de arrastrarse a través de una cantidad de situaciones de «angst». Tales acusaciones sirvieron como mera cortina para sus propias invenciones de horror con el objeto de impedir que Alemania explorara su recientemente ganado margen de maniobra política y para emprender un nuevo papel innovador en la definición de la seguridad europea. Nos guste o no, la unificación alemana no sólo ha alterado la división Este-Oeste en Europa, agréguese que ahora Alemania linda directamente con el Este. Debido a este importante hecho y a sus propios intereses económico sociales, el país desarrollará una función de puente o eslabón con el Este.

Tercero, el desmantelamiento de la URSS como superpotencia y la liquidación del COMECON y del Pacto de Varsovia ha dejado a la CE como la única organización transnacional y colectiva fuerte y coherente en Europa. Esto contiene todo lo de que la CSCE carece y anhela: fuerte organización, coherencia política, sólida base económica y una visión política y social. La Comunidad reúne, representa y actúa en nombre de los intereses de los Estados miembros en los organismos internacionales.

A este respecto y aunque el resultado de la Conferencia Intergubernamental de jefes de Estado de la CE de diciembre de 1990 pudiera interpretarse como poco concreto, uno de sus logros duraderos fue el de interconectar los aspectos económicos

y monetarios con los aspectos políticos de la integración. En el mundo secreto de las burocracias de la CE semejante logro abrió las compuertas a intensas actividades e iniciativas intergubernamentales en los tres niveles (reuniones mensuales de los ministros de relaciones exteriores, reuniones de los representantes nacionales permanentes a la CE y, lo más peligroso, las actividades de los «asesores» o «amigos de la presidencia»).

Estas diversas actividades tratarán todos los problemas conflictivos, como ser «los riesgos del voto mayoritario» (Hurd) lo cual no es apropiado para los intereses nacionales expresados en cuestiones de la defensa. Hurd advierte que en cuanto a la defensa «la libertad nacional de acción todavía es importante. Ya la Comunidad cuenta con un miembro neutral y podría contar con otros en un futuro... No se espera que la CE pueda brindar un vínculo poderoso» (con EEUU).

Aunque las objeciones nacionales en contra de la transferencia de soberanía sean finalmente superadas y que las iniciativas redunden en un tratado sobre el estado de la unión política y económica, el proceso avanzará a pequeños pasos y es probable que no produzca resultados palpable y tangibles antes de mediados de los 90.

Perspectivas

Con el colapso de la URSS como superpotencia, EEUU no tienen ningún control internacional serio sobre sus medios militares e intereses nacionales de corto plazo - probablemente por primera vez en la historia de la posguerra. Sin embargo eso no significa que EEUU dominará sobre las actividades internacionales. Jugarán un papel preponderante pero «tendrán que hacerle frente a problemas de interdependencia sin precedentes que ninguna gran potencia puede resolver por su cuenta». (Nye, p. 520). La pretensión de que la URSS siga siendo una superpotencia ya no se sostiene, aunque queden bastantes tareas inconclusas en las conversaciones Start y CFE II. En consecuencia, EEUU será un actor importante pero uno más entre siete como quedó demostrado en las negociaciones entre los siete grandes durante el mes de julio de 1991 en Londres. «Las superpotencias bailaron su último tango» (Lieberfeld).

Por lo tanto, podemos caracterizar al sistema internacional de relaciones pos-guerra fría ni como «unipolar» ni tampoco completamente «multipolar». Puede notarse una dispersión de poder entre varios de los centros económicos y políticos siguiendo líneas de conflicto global y reto que trascienden la respuesta militar. Con el surgimiento de «extensas amenazas no militares», la rigidez del antiguo eje de la

carrera armamentista según el cual se libraban los conflictos entre las superpotencias, está rápidamente desplazándose a un segundo plano. Esto dio lugar a una gama más diversificada de relaciones internacionales que pone énfasis en los medios competitivos en cuestiones económicas, ecológicas, políticas y culturales. Es precisamente en esos campos no militares donde los centros regionales pueden aprovechar plenamente sus ventajas competitivas.

Lo anterior sugiere un posible marco para un nuevo sistema de relaciones internacionales basado sobre una cooperación regulada y fuertemente influenciada por los componentes regionales. De manera que el reducir el «dilema de la seguridad» estructural de los despliegues de fuerza y contrafuerza militar contribuiría a desmilitarizar la política internacional y permitiría una más equitativa distribución del poder político.

Las conferencias regionales sobre seguridad y cooperación modeladas según el procedimiento de la CSCE podrían contribuir a abrir y ampliar la agenda tratando problemas ecológicos, sociales económicos y de derechos humanos. Esto no significaría una transferencia histórica del modelo europeo de la CSCE hacia otras regiones del globo. Lo importante sería la transferencia de la metodología. Siendo similares los objetivos para el desarrollo de la confianza como las redes, la combinación de métodos y de herramientas deberá respetarse el contexto político cultural de cada región. Dada la falta de divisiones ideológicas, esos sistemas regionales de cooperación y desarrollo de confianza podrían ejercer un grado aun mayor de restricciones al comportamiento de superpotencia, a través de normas comprometedoras y códigos de conducta que el antiguo sistema de carrera armamentista y destrucción mutua asegurada jamás fue capaz de brindar.

Las estructuras de seguridad colectiva regional podrán entonces reemplazar las alianzas unilaterales y subregionales y conectarse con una dimensión internacional organizada por las Naciones Unidas. Con posterioridad a tal transformación, los factores militares, la capacidad para proyectar políticas intervencionistas a nivel global, se hará más irrelevante que las políticas para promover y fortalecer la cohesión económica y social y para eliminar las causas de la guerra y los conflictos dentro de las regiones.

Referencias

*Brandt, Willy, EUROPA ARCHIV. 5 - 1991; Eine Friedensordnung fuer den Nahen Osten.

- *Booth, Ken, INTERNATIONAL AFFAIRS. 66, 1 - 1990; Steps towards stable peace in Europe: a theory and practice of coexistence.
- *Hanssner, Pierre, INTERNATIONAL AFFAIRS. 66, 3 - 1990; Europe beyond partition and unity: disintegration or reconstitution.
- *Hurd, Douglas, FINANCIAL TIMES. - 1991; No European defence identity without NATO.
- *Lichfield, John, THE INDEPENDENT ON SUNDAY. - 1991; Last tango of the superpower era.
- *Nye, Joseph, INTERNATIONAL AFFAIRS. 66, 3 - 1990; American strategy after bipolarity.
- *Ramsbotham, Oliver, IPPR, DEFENCE AND SECURITY. 1 - Londres, Inglaterra. 1991; Britain, Germany and the New European Security Debate.